Respetad en los demas el derecho que parten con vosotros; y no mancheis con risas, discordias y disputas una solemnidad que debe ser el símbolo de la paz, y la prenda de la union.

Despues que la eleccion se haya terminado, si vuestro hombre ha llevado la victoria, glorificaos humildemente, y no insulteis á aquellos que han sido menos dichosos que vosotros.

Si por el contrario, no habeis salido con la eleccion, someteos con resignacion; felicitad á los otros de su victoria, y esperad que en otra ocasion Dios bendecirá vuestros esfuerzos, y hará prosperar vuestros deseos.

XXIX.

A los legisladores.

Si alguno no aborrece á su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas, sus sobrinos y toda su familia, no es digno de sentarse entre los representantes de la nacion.

Si alguno ama el dinero y el lujo, ó si la pupila de su ojo se dilata al ver una moneda de oro, no es digno de dar las leyes á su pais.

El que mira con complacencia el banco donde se sientan los ministros, y busca codiciosamente sus sonrisas, no merece ser contado entre los legisladores de un pueblo.

¡Qué poderosa es la voz del legislador, cuando desde lo alto de la tribuna clama contra los vicios que corrompen el pueblo, ó contra los abusos que le arruinan! ¡Qué solemne y santa es su palabra, cuando sale de lo íntimo del corazon y de lo profundo de la conciencia, y cuando todos los buenos ciudadanos reconocen en ella sus propios pensamientos!

El legislador tiene en sus manos la fortuna de los ricos, la comodidad del obrero y el dinero del pobre: él abre ó cierra segun lo ecsigen las necesidades y los intereses de su pais.

El es el limosnero del pueblo; por él es por quien el pueblo dá y distribuye aquellas limosnas que pagan á los intereses de la patria, y los servicios consagrados á su prosperidad y á su gloria.

Su mano señala y abre un camino á los acontecimientos; él les hace señal con el dedo, diciéndoles: Ireis por aquí, y llegareis hasta allí.

Y los acontecimientos dóciles siguen la ruta que les ha indicado, y corren hácia el fin que desde lejos les muestra.

Porque cada ley es ella misma un acontecimiento, y el principio de otros muchos; es un gérmen arrojado en la vida de un pueblo, y que no tendrá reposo hasta que haya reproducido todos los elementos que contiene.

El divide los pueblos á su gusto, o les une y les reconcilia; él tiene en su mano derecha la paz, la abundancia y la vida; y en su izquierda la guerra, la indigencia y la muerte.

Las leyes de un pueblo dan cierta forma á su nacionalidad; y los legisladores hacen las naciones á su imágen y semejanza.

La asamblea donde se agitan los destinos de los pueblos es como un segundo cielo; los ángeles silenciosos asisten á sus deliberaciones, y Dios mismo escucha sus consejos, y acuerda con ellos su providencia.

Porque Dios respeta la voluntad del hombre, y no hace bien á los pueblos sin su concurso; su providencia no se apresura, y deja al tiempo madurar el gérmen que la mano del hombre le ha confiado.

Pero pocos legisladores comprenden estas cosas, porque son muchos de ellos ambiciosos y amantes del oro: y en lugar de velar por la gloria y prosperidad de los pueblos, buscan sus propios intereses y los de sus familias.

Ellos hacen promesas á sus delegantes que no cumplen; ellos dan sus discursos á los que les envian, y sus votos á los que les pagan.

Aquel legislador es estrangero á sus delegantes, que no mira su dinero como el suyo propio; él prodiga el ardite del pobre y el dinero de la viuda.

La indiferencia y la debilidad de los que votan los impuestos arruinan al pueblo, y la perversidad de los que lo emplean corrompen las naciones.

No sigais el camino de la plata que llevais á la casa del ministro del erario público, y con el que pagais al estado el aire que respirais, y el derecho de tener en vuestra humilde casa una cama donde vuestro cuerpo descanse de sus fatigas.

El camino del pájaro nocturno en los aires es oscuro y misterioso; la marcha de la serpiente que arrastra sobre la tierra es tortuosa y no se puede coger; el navio que camina sobre las hondas no deja algun vestigio; pero frecuentemente el camino del dinero que el ciudadano dá al estado es todavia mucho mas misterioso.

No fijeis vuestra vista con demasiada complacencia en la pieza de oro que brilla, y no la guardeis con deleite en vuestra mano, no sea que vuestra vista sea deslumbrada con su resplandor, ó se manchen vuestras manos con su contacto: porque desde el

momento en que un hombre puso en ella su nombre y su imágen, ha sido origen de muchos vicios, causa de muchos crímenes y testigo de mil iniquidades.

Frecuentemente el oro sale de una choza y llega al palacio; él es el producto del trabajo y la recompensa de la ociosidad; él nace en las fatigas y en la augustia, y va á enterrarse en el placer y en la fruicion. Las virtudes y la actividad del pobre le producen, el vicio y la pereza le devoran.

La mirada de un amo que manda ó que amenaza es poderosa; las sonrisas de una muger que os quiere engañar están llenas de seduccion; pero nada iguala al poder y á las seducciones del oro; nada lisongea tanto la vista, nada es tan dulce para el tacto.

El rey á quien rodea el resplandor de la magestad, es menos poderoso sobre su trono que sobre la pieza de oro que tiene su imágen; su retrato tiene mas imperio, y hace hacer mas cosas que su misma persona.

Los pueblos de la tierra están de rodillas delante del oro; las naciones se humillan delante del rostro contra la tierra; los ojos preguntan y piden ver el oro; los oidos desean oir el sonido del oro cuando se junta con otro ó con el mismo metal; los dedos apetecen tocar el oro.

Los que gobiernan se humillan delante de los gobernados por lograr el oro; los que obedecen se humillan delante de los que mandan por tener el oro; los amos corrompen á sus criados, y los criados corrompen á los amos.

Todo está inclinado, todo está encorbado, nada hay que se tenga recto; nada está derecho en el alma y en el cuerpo del hombre, y sus ojos no osan ni se atreven mirar al cielo, porque sus deseos ni sus esperanzas no miran á Dios.

El amor del dinero desciende de las leyes á la vida, y de la cumbre de la sociedad hasta su fundamento. ¿Cómo el pueblo no dirigirá sus manos y sus deseos hácia el dinero, cuando el ingenio de los que gobiernan se dirige únicamente á atesorar todo cuanto puedan?

No hay cosa mas grande que el oro; él gobierna hasta los mismos gefes del imperio, y las olas tumultuosas de su ambicion se paran humildes y dóciles delante de él.

El oro es el que quita ó pone los ministros á quienes está confiada la suerte de las naciones; y el mejor modo de que un pueblo obtenga de ellos unas leyes justas, es decirles por medio de sus representantes: „Vos no teneis nuestro oro."

Si se les dice: „Vos violais la justicia y las leyes" se hacen sordos: „Vos oprimis al pueblo, y atrais sobre vuestras cabezas sus

maldiciones" no escuchan: „Vos ofendeis á Dios y ultrajais la religion" se rien.

Mas en el momento que se les dice: „Vos no tendreis oro" se ponen pálidos, se llenan de consternacion en su corazon, y se preguntan mirándose unos á otros: ¿Qué haremos nosotros? Y arrastrados de la desesperacion, dicen: seamos justos á fin de tener el oro, porque no se puede ser poderoso, ni se puede gobernar sino por él."

¿Por qué pues, ó legisladores de las naciones, sois tan pródigos con el dinero del pueblo? ¿Por qué abris vuestra mano sin discernimiento á todos aquellos que os lo piden?

La dignidad de las naciones, decis vosotros, ecsije que todos los servicios sean perfectamente pagados, y que un cierto resplandor rodee á todos los depositarios del poder.

¡Vergüenza para aquellos que manchan sus lábios con tales palabras! porque ellos son los que pervierten las naciones, y entregan los pueblos al amor desenfrenado del oro.

¿El reconocimiento y el amor del pueblo no valen tanto como su dinero, y no pueden recompensar á los que le dan su tiempo y su corazon?

¿La admiracion y los homenages de la prosperidad no podrán pagar bastante aquellos cortos instantes consagrados á los intereses de la patria y á su gloria? ¿Y el resplandor que da á la vida de un ciudadano una conciencia pura y un total olvido de sí mismo, es menos digno de envidia que el falso resplandor del oro?

La gloria y la dignidad de un pueblo se disminuirán, porque los que le sirven en los empleos públicos no pueden hacer brillar el lujo en su mesa, y la magnificencia en sus equipajes! ¿no se disminuirán mejor, cuando miles de pobres desuellan sus pies desnudos en los empedrados de las calles por donde pasan pidiendo limosna? ¿Cuando los niños piden pan á sus madres, y estas les responden llorando: hijo mio, yo no tengo pan? ¿Cuando el anciano que no puede calentar su cuerpo por medio del trabajo, no tiene vestido conque templar el rigor del frio que arruga su piel y traspasa sus huesos?

Una nacion será menos grande y menos gloriosa, porque sus ministros y sus funcionarios no nadan en la abundancia y en la delicias! ¿y no lo será menos, cuando la ignorancia y la miseria, tomando al hombre por la mano, le conducen fatalmente por las sendas del vicio, al fin del que hallará la desesperacion?

¡O Dios mio! qué de mentiras y de imprudencias hay en el corazon del hombre, cuando su espíritu no está poseido de vuestro temor y de vuestro amor! ¡qué dureza y qué crueldad hay en su

alma, cuando el egoismo y la sed del oro han borrado la caridad en su espíritu!

¡O pueblos! no creais las vanas palabras conque vuestros representantes pretenden escusar su prodigalidad, y su indiferencia para con el pobre. No les creais; porque ellos no se creen á sí mismos; y cuando dicen tales palabras, mienten á Dios, á su conciencia, y á todos vosotros.

Ellos prodigan vuestro dinero, porque es vuestro y no suyo; ellos dan sin precaucion, porque no os aman; ellos lo arrojan á los pies de los ministros que se lo piden, porque á ellos vuelve una buena parte, y porque les han vendido anteriormente su conciencia y su voto,

Y vosotros ¡ó legisladores! si os mueve la dignidad de las naciones, ilustrad el entendimiento y el corazon de los pueblos con instituciones sábias y cristianas; en lugar de atraer el oro de los pueblos á los palacios de los grandes, repartidlo y hacedle llegar á la cabaña del pobre.

Construid escuelas que previenen el vicio y la ignorancia, en lugar de prisiones que castigan uno y otro. Los viles espiones que asechan el espíritu del hombre, con el fin de arrastrarle delante de la justicia humana y deshonrarle por medio de una condenacion infame, reemplazadlos con aquellos divinos espias que espian los deseos culpables del pecador, con el fin de ocultarlos á la vista de los hombres y borrarlos á los ojos de Dios mismo, con aquellos ángeles de paz que no juzgan sino para absolver, y cuyo tribunal, donde el pecador se acusa, está colocado cerca del altar donde Dios perdona y redime.

Allí donde no hay un sacerdote, es preciso un espion ó un gendarme; allí donde no hay un altar sobre el cual corre la sangre del Redentor, es preciso un cadalzo y un berdugo para derramar la sangre del culpable.

Lo que constituye y hace la dignidad de una nacion, lo que la eleva y la ensalza sobre todas las otras, son las luces y las virtudes de los que la gobiernan, el sacrificio de sus ciudadanos, el ánimo de los que la defienden, la santidad de sus sacerdotes, la humildad de los grandes, la esperanza y la resignacion de los pequeños, la moderacion de los ricos, la paciencia de los pobres, la actividad de los que trabajan, la sobriedad de los que gozan, el amor de cada uno por todos, y el órden en la libertad por la ley.

Lo que hace la riqueza de un pueblo, son sus templos y sus altares; aquellas escuelas donde los tiernos niños vienen á Jesus para que les instruya y les bendiga; aquellos hospitales donde Dios habita en la persona de los pobres que sufren; aquellos asilos que

ahorran á las madres su tiempo, y que preservan la infancia de las manchas del vicio; aquellas casas donde están depositados los tesoros de los siglos pasados, y que reconcentran las luces de todas las edades y de todos los paises; aquellos edificios donde el corazon y el pensamiento de las generaciones presentes tienen sus pláticas familiares con el corazon y el pensamiento de las generaciones pasadas, y preparan el porvenir de las generaciones que no ecsisten todavia.

Disminuid el número de los pobres y de los ignorantes, y disminuireis el número de los crímenes; la nacion florecerá con la justicia, y se elevará con la fé, con la ciencia, con la religion, y con la caridad.

¡O Dios mio! comunicad vuestro espíritu á los que hacen las leyes, y á los que distribuyen las limosnas del pueblo; porque un poco de vuestra luz y de vuestra caridad hará mas en ellos que todos los empeños y obligaciones de partido, y que todas sus promesas hácia los pueblos.

XXX.

Yo he mirado al rededor de mí, y he visto grandísimas injusticias: no he podido menos de decir: ¡ó Dios mio! ¿Cuánto tiempo durará este modo de proceder?

A mi derecha habia un hombre con las manos atadas y entre soldados: y una gran multitud del pueblo le rodeaba y le colmaba de imprecaciones: la vergüenza cubria la frente de aquel hombre, y gruesas y abundantes lágrimas caian de sus ojos.

Yo pregunté: ¿Qué grande delito ha cometido este hombre? Y se me respondió: Este hombre era un pobre; parece que sus hijos le pedian pan, y él no tenia que darles, porque nadie le habia querido dar que trabajar.

Este hombre ha entrado en la casa de un rico, que le habia negado limosna, ha hecho pedazos el cajon donde estaba el pan, ha tomado un pedazo y se lo ha llevado á sus hijos, diciéndoles: Ya no morireis de hambre, aquí teneis pan.

Sus niños han bendecido á Dios, porque ha tenido misericordia de ellos; y han bendecido á su padre, porque les ha traido pan suficiente para no morir.

Su padre les ha dicho llorando: No bendizcais á vuestro padre, él no ha ganado este pan; no os regocijeis, porque este pan es el fruto del latrocinio.

Los niños han dado grandes gritos, diciendo: Nosotros no comeremos este pan; porque es un pan de desgracia y de maldi-

cion, y antes moriremos que ser testigos de la vergüenza de nuestro padre.

Mientras estaban en estas palabras, han entrado unos soldados, y han tomado al padre diciendo: tú has robado este pan.

Los niños se han arrojado á sus pies esclamando: tened piedad de nuestro padre por causa de nosotros; no le lleveis, porque moriremos: mas los soldados no han escuchado, los jueces no han querido compadecerse, y le han condenado como un malhechor.

Y yo me volví, y ví á mi izquierda un hombre ricamente vestido; todos le hacian sitio para que pasase, y le saludaban haciendo de él grandes elogios.

Pregunté: ¿qué bien ha hecho este hombre? Y me respondieron: este hombre ha enriquecido con las usuras: él ha arruinado muchas familias, y no se le ha condenado porque es rico, y tiene muchos protectores y amigos.

Oyendo semejantes cosas me estremecí en mí mismo, y mi alma se alteró, porque se vió conmovida en vista de la iniquidad.

El rico despoja al pobre, y se le deja porque es rico; el fuerte oprime al débil, y no se le condena porque es fuerte.

Pero si el pobre toma del rico un pedazo de pan, se le juzga como á un ladron; y si el débil se defiende contra el fuerte, se le condena como á un sedicioso.

Y los hombres llaman á esto justicia, y dicen: esta es la ley; este es el órden, sin el cual ninguna sociedad puede subsistir.

Mas ellos mienten, ¡ó Dios mio! Lo que ellos llaman justicia, no es justicia; porque la justicia es igual para el pobre y para el rico, la justicia no tiene acepcion de personas.

Y lo que ellos llaman ley, no es ley; porque la ley se ha hecho para proteger al pobre contra el rico, y al débil contra el fuerte.

Y lo que ellos llaman órden, no es órden; porque no puede haber órden donde no hay justicia ni caridad.

Vuestra justicia, ¡ó Dios mio! no es semejante á la nuestra; porque ella está llena de severidad para el poderoso y el fuerte, y llena de indulgencia para el débil y el indigente.

Vuestra ley no es como nuestras leyes; porque vos no teneis mas que una, y nosotros tenemos muchas: donde hay unidad, no hay contradiccion; y nuestras leyes se contradicen y no tienen poder, porque las hemos multiplicado.

Y el órden que nosotros hemos hecho no se parece al que vos habeis establecido; porque el vuestro es el sacrificio por la humanidad y la caridad.

Vos habeis descendido al mundo, ¡ó Dios mio! Vos habeis tomado un nombre humano que quiere decir Salvador, y bajo este nombre quereis ser conocido y adorado de todos nosotros.

Vos habeis alargado vuestros pies en una cruz, y estendido vuestros brazos sobre la misma, como un hombre que quiere abrazar al mundo.

Vos estuvisteis entre el cielo y la tierra; el cielo se inclinó hácia vos por acercarse á la tierra; la tierra se levantó hácia vos para aprocsimarse al cielo; el cielo y la tierra se abrazaron en vos.

Vos sois el mediador, porque habeis sufrido por el mundo; vos sois el Rey de los hombres, porque habeis sido sacrificado por ellos; vos sois el dueño de las naciones, porque habeis muerto por ellas.

Y vuestra corona es de espinas, vuestro cetro una caña, vuestra fuerza es vuestra pasion, vuestro poder es vuestro sacrificio, y vuestra virtud es vuestra sangre.

Este es el órden ¡ó Dios mio! tal como vos le habeis establecido: él tiene su principio en la humildad, su progreso en el sacrificio, y su fin ó cumplimiento en la caridad.

Donde no hay mas que orgullo, egoismo y amor propio, no hay órden, sino desórden, division y anarquía.

La justicia es la riqueza del pobre; la ley es la fuerza del débil, y el derecho de aquel que tiene deberes.

¿En qué vendrán á parar vuestros pobres, ¡ó Dios mio! si la justicia de los hombres se vuelve contra ellos? ¿Qué vendrá á ser del débil, si la ley aumenta todavia la fuerza del que es fuerte?

Abrid los ojos, Señor, á los hombres que hacen las leyes, para que no sean pesadas para el débil é indigente; dirigid el corazon de los que las egecutan, para que los pequeñuelos no sean aniquilados: no sea que los hombres, impelidos de la desesperacion, recurran á la fuerza; y los pequeñuelos, seducidos por el orgullo, quieran hacerse grandes violando la justicia.

Vos habeis dado á los animales la fuerza, porque no tienen entendimiento; y la violencia es su derecho porque no comprenden: mas al hombre habeis dado el entendimiento, y este es su fuerza; le habeis dado el amor, y este es su poder.

El hombre aguarda, porque espera; es paciente, porque prevee; el porvenir es para él.

Mas aquellos que no tienen mas que lo pasado, se turban cuando se les escapa; los que no tienen mas que lo presente, hacen grandes esfuerzos para retenerle; y no tienen paciencia, porque desesperan del porvenir.

Mas vuestros hijos tienen confianza en vos, ¡ó Dios mio! porque saben que vos dais proteccion al débil, y que los tiempos están en vuestras manos.